

EL CAMBIO

Domingo Santos

¿Ha muerto
Mr. Hyde?
No - responde
el doctor Jekyll

A menudo, las cosas insignificantes no son más que el anuncio de otras mucho mayores. Un dolor de cabeza al despertarse por la mañana, un color distinto en el rostro, la lengua sucia..., todo ello puede ser el indicio de un cambio importante que no tardará en llegar. Joaquín se despertó con un ligero cosquilleo en la nuca y sintiendo la cabeza como vacía. Aquél fue el primer indicio del cambio. Al mirarse al espejo, mientras se afeitaba, notó que su rostro presentaba unas ojeras más profundas que de costumbre, que sus pómulos parecían más pronunciados de lo habitual. Sin embargo, apenas le concedió importancia al hecho. He dormido mal esta noche, pensó; eso pasará. Sin preocuparse excesivamente terminó de arreglarse, se vistió y salió.

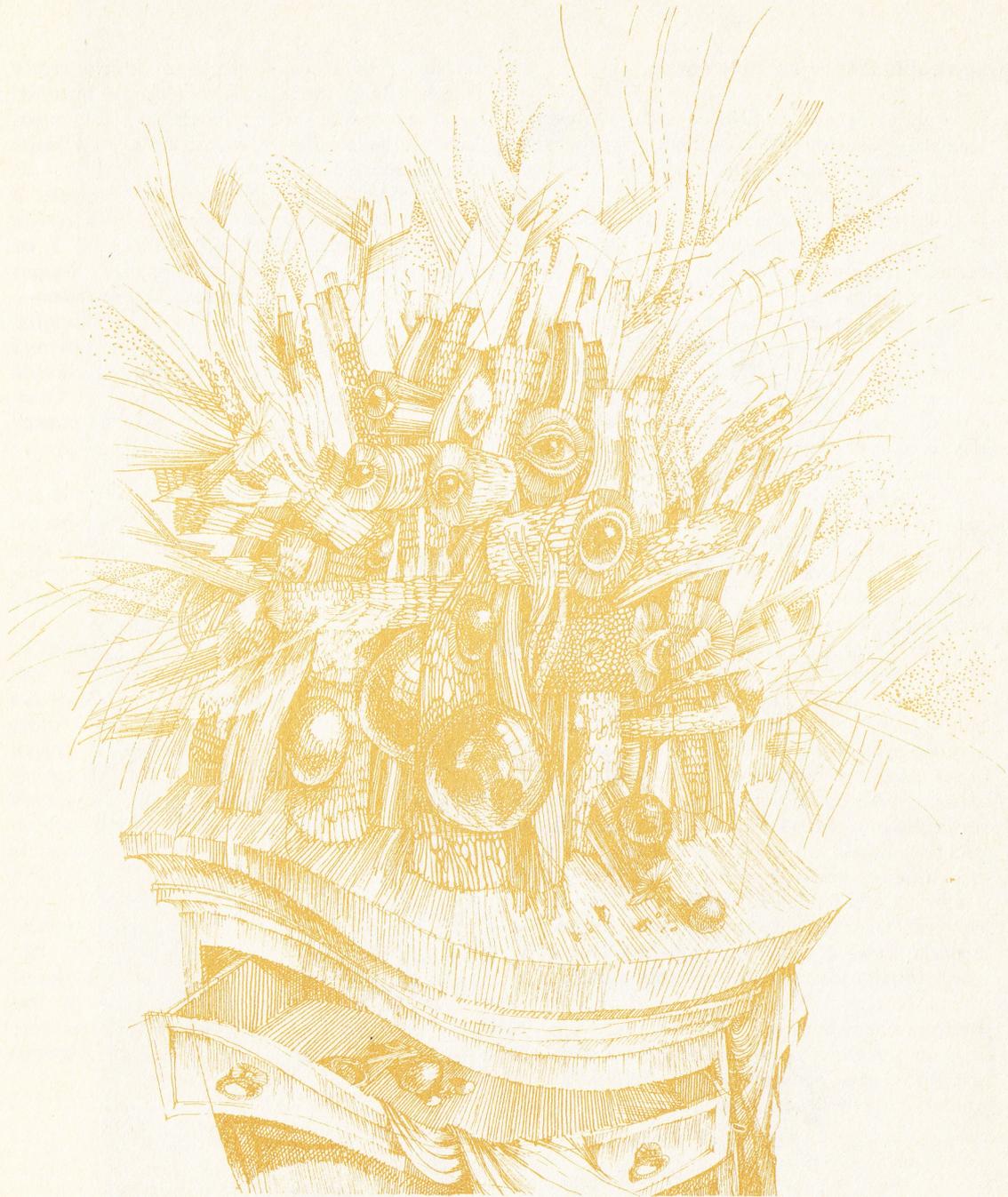
Fue mientras desayunaba en el bar que empezó a darse cuenta de que algo iba mal.

—Tiene mal aspecto, don Joaquín —dijo el chico de la barra—. ¿Le ocurre algo?

—No, nada que yo sepa. ¿Por qué?

—No sé, pero lo veo distinto esta mañana, como si no fuera el mismo de siempre. Tiene algo en la cara...

Joaquín se palpó instintivamente el rostro, pero la cosa no pasó de ahí. Luego, en la oficina, su secretaria, el encargado del archivo y el jefe de personal le hicieron también algunas observaciones sobre su aspecto. Aquello le hizo adquirir el convencimiento de que sí pasaba algo.



Al mediodía, le encontró un gusto extraño a la comida. Se puso a discutir con el camarero sobre el mal servicio del restaurante, y entonces se dio cuenta de que estaba anormalmente excitado e irascible. Debo dominarme, pensó; si sigo así, tendré que ir al médico. Pagó la cuenta sin terminar su comida, y se fue dando un portazo, ante la expectación del resto de los comensales.

Aquella tarde no pudo concentrarse en su trabajo. Seguía sintiendo la cabeza como vacía, y el hormigueo en la nuca era más intenso. Se la frotaba a menudo, pero el hormigueo no desaparecía, sino que se hacía más intenso. Notaba como si tuviera los ojos inflamados, y se los palpó. Es una sensación subjetiva, se dijo; no debes preocuparte. Pero se sentía extraño dentro de sí mismo.

Aquella noche estaba citado con Marta a la salida del trabajo, pero no tenía ganas de ver a nadie. La llamó por teléfono para darle una excusa cualquiera y no acudir; ella no le creyó demasiado, a juzgar por la frialdad de la despedida, pero no le importó mucho, cosa que en otras circunstancias no hubiera dejado de sorprenderle, ya que siempre había demostrado hacia ella un interés muy particular. Apenas salió del trabajo se fue directamente a su casa, y se acostó sin cenar.

Aquella noche se despertó varias veces sobresaltado, con la impresión de que había alguien que jadeaba fuertemente dentro del cuarto. Hay alguien aquí, pensó. Hubiera deseado ser más valiente, pero nunca lo había sido. Se mantuvo inmóvil unos instantes, aguardando..., escuchando. Entonces se dio cuenta de que los jadeos provenían de él mismo.

Buscó a tientas el interruptor y encendió la luz. Allí estaba su habitación, su vieja y querida habitación: intacta, todo en orden. Se levantó, notando que el jadeo se hacía más intenso. Se dirigió al cuarto de baño y se miró en el espejo.

Necesitó unos instantes para darse cuenta de que el rostro que le miraba desde el otro lado del cristal azogado era el suyo. Tenía los ojos notablen-

te hinchados, y las ojeras eran ahora mucho más pronunciadas que aquella mañana. Sentía todo su cuerpo abotagado, y parecía como si no se hubiera afeitado en tres días. Se pasó la mano por la barbilla, y la notó como un cepillo de cerdas duras.

Regresó al dormitorio. Algo iba mal, murmuró. Bueno, había comido algo que le había producido una fuerte reacción alérgica, o quizás había pillado una infección o algo así. Sería cuestión de unos pocos días de descanso. Mañana no iría a trabajar; llamaría al médico, y él le recetaría algo. Con este pensamiento reconfortante, volvió a meterse en la cama y apagó la luz.

Pero el resto de la noche no pudo dormir, y el obsesivo jadeo le acompañó hasta el amanecer.

Así empezó todo.

Al día siguiente, el jefe de su empresa no se sorprendió demasiado de que lo llamara por teléfono para decirle que durante algunos días no iría a trabajar. Ya se lo imaginaba, respondió, lo había sospechado al verle en aquel estado el día anterior. Le deseó que se aliviara, y Joaquín contestó con un gruñido. Colgó.

A media mañana vino el doctor. Escuchó atentamente sus explicaciones, dejó escapar varios «hums» inconcretos, lo auscultó, le hizo toser, le tomó la presión, le examinó la lengua y los ojos, y finalmente se encogió de hombros.

—No veo ninguna anomalía manifiesta — dijo —. Tal vez se trate de una alergia. Sería conveniente realizar un análisis de sangre y otro de orina.

—Entonces, ¿no sabe lo que me pasa?

—Bueno, hay veces en que dictaminar una enfermedad no es tan fácil como parece. Y más cuando se aparta de lo corriente.

Joaquín tuvo una contestación acre en la punta de la lengua, pero no la soltó. Seguía sintiendo la cabeza como vacía, y aquello no le permitía pensar con claridad. El médico le dio una tarjeta y le pidió que acudiera al centro de análisis. Joaquín

gruñó algo incorrecto por lo bajo, pero aceptó. El doctor le examinó aún unos momentos; luego, se fue.

Joaquín permaneció en cama todo el resto de la mañana. No sentía hambre, pese a no haber cenado el día anterior ni desayunado éste. Observó que el vello de sus manos se había oscurecido un poco. ¿O tal vez había aumentado? Quiso levantarse, y tuvo que agarrarse fuertemente a la cabecera de la cama para no caer. Fue al cuarto de baño y volvió a mirarse al espejo. Su aspecto no era muy agradable, se dijo, con los pómulos blanquecinos, los ojos hinchados y con profundas ojeras amarillentas, los labios como tumefactos y las mejillas encendidas. Una infección en la sangre, sí. Y aquel cosquilleo en la nuca...

A mediodía llamaron por teléfono. Era Marta. Había llamado a la oficina, y le habían dicho que estaba enfermo. ¿Qué tenía? Bueno, no importa: aquella misma tarde iría a verle.

—No, no lo hagas — dijo él apresuradamente. En otras circunstancias se hubiera sentido dichoso de que ella aceptara venir a su casa —. Por favor.

—¿Por qué? — preguntó ella.

Por unos momentos no supo qué decir. Aquel dolor de cabeza...

—Bueno, pues... — se palpó el rostro —, es que no estoy muy presentable, ¿sabes?

—Oh, bueno, me importa un comino. Estás enfermo, ¿no? Y la misión de los amigos es acudir a visitar a los enfermos. Vendré esta tarde, en cuanto salga del trabajo. Adiós.

No tuvo fuerzas para insistir. Bueno, se dijo, al fin y al cabo hasta el día siguiente no tenía que ir al laboratorio, y así al menos aquella tarde no se aburriría tanto. Llamó al bar para que le subieran algo de comida, aunque no tenía excesivo apetito. El chico que se la trajo le miró curiosamente, pero no dijo nada. Comió con desgana y luego se echó de nuevo en la cama, esforzándose en leer algo. Pero no pudo centrar su atención en nada.

Marta vino a las siete y media. Se había medio

adormilado cuando llamaron a la puerta. Se levantó sobresaltado, y necesitó unos minutos para darse cuenta de lo que ocurría. Se puso el batín y fue a abrir. Marta hizo un gesto extraño al verle, pero no dijo nada. Él se apartó y la dejó entrar.

—Hola — dijo ella —. ¿Cómo estás?

—Bien, bien... — vaciló, pensando en la mirada de ella cuando lo había visto al primer momento —. Ya te he dicho que no estaba muy presentable.

Ella intentó disimular aquella primera impresión. Miró a su alrededor.

—Tienes un piso muy bonito — dijo.

En otras circunstancias... Joaquín pensó en aquellas palabras: en otras circunstancias. Bueno, ¿qué era lo que había cambiado? Estaba enfermo, nada más. ¿Acaso esto variaba la situación?

Sí, la variaba.

Marta le miraba de una manera que le hacía sentirse incómodo, y esto lo ponía cada vez más nervioso.

Intentó hablar de mil vulgaridades para despejar la atmósfera, pero no resultó. Comprendió que Marta se sentía un poco a disgusto, y se dio cuenta también de que, para él, aquella visita, que en otras circunstancias le hubiera encantado, ahora incluso le desagradaba. Pretextó no encontrarse demasiado bien y dar así pie para que ella se fuera. Marta aprovechó rápidamente la ocasión y se marchó más precipitadamente de lo natural. Joaquín intentó aparentar indiferencia, pero aquella apresurada despedida le irritó aún más, sin saber exactamente por qué. Fue al lavabo y se miró de nuevo al espejo. Ciertamente, tuvo que reconocer, su aspecto no era demasiado agradable. Sintió deseos de romper el cristal. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse.

Al día siguiente fue al centro de análisis. Tomó un taxi para evitar ir andando por la calle, y du-

rante el trayecto observó que el taxista le miraba frecuentemente por el rabillo del ojo a través del retrovisor. Terminó soltando un exabrupto. El taxista enrojeció y clavó la vista al frente. Joaquín se dio cuenta de que, decididamente, algo *iba mal*. Él siempre había sido un hombre de naturaleza apacible, era incomprensible aquella súbita irritabilidad. Parpadeó, asombrado. ¿Qué era lo que le estaba sucediendo?

Se subió el cuello del gabán, aunque ya hacía buen tiempo, e intentó hundir lo más que pudo su rostro en él.

El análisis fue negativo en todos sus aspectos. Los médicos no hallaron nada que pudiera ser la causa de lo que ocurría. Hablaron entonces de hormonas, de características hereditarias, de influencias. Pero no había mucho convencimiento en sus palabras.

El médico de cabecera, en su segunda visita, ojeó el resultado de los análisis y se mostró perplejo. Joaquín esperaba una explicación, *exigía* una explicación. Pero el hombre no sabía darla. Reflexionó, aventuró hipótesis, intentó hallar correlaciones. Joaquín terminó enviándolo al diablo, y el médico vio algo en sus ojos que le hizo recoger precipitadamente su maletín y marcharse. Joaquín pensó que debía dominar sus nervios, pero ya era demasiado tarde.

Aquella tarde Marta le llamó por teléfono para preguntarle cómo se encontraba. Joaquín contestó más secamente de lo que hubiera deseado, y, tras unas cortas palabras dichas casi a la fuerza, ella colgó. No volvió a llamar.

Aquella noche, antes de acostarse, volvió a mirarse al espejo. La hinchazón de los ojos parecía haberse detenido, pero los labios habían iniciado desde la mañana un proceso semejante. Al mismo tiempo, el pelo de su barba, había adquirido un tono gris pálido, y le era imposible afeitarse, ya que su piel, en todo el rostro, estaba extremada-

mente tirante y delicada, y el menor contacto era como una sacudida. Los pelos de su rostro crecían mucho más rápidamente de lo que era natural. Intentó cortárselo con unas tijeras, pero el resultado era aún peor. Decidió dejarlos crecer: al fin y al cabo, intentó consolarse con un cierto humor, siempre había acariciado la idea de dejarse crecer la barba. Sin embargo, los pelos le crecían desmañada y desordenadamente, y no podía peinárselos, pues cada tirón le hacía lanzar un grito de dolor.

Aquella noche durmió poco y mal. Tuvo algunas pesadillas, en las que él era un hombre lobo y salía durante la noche a la calle y atacaba a las personas que se cruzaban con él. La primera era siempre Marta, que chillaba de terror al verle, adoptando la misma expresión que cuando vino a visitarle y le vio por primera vez. Cuando despertó, a la madrugada, se sintió ridículo y miserable. Pero los dientes le castañeteaban y su cuerpo estaba bañado en sudor.

El médico le había recetado una serie de medicamentos, casi todos ellos antialérgicos. Sin comprender exactamente por qué, *sabía* que no le producirían ningún efecto, pero decidió tomarlos. Cuando salió a la farmacia para comprarlos, todo el mundo, por la calle, le miró con un gesto extraño, y aquello le hizo sentirse aún más diferente. Al entrar en la farmacia, un cliente le miró con fijeza, se echó a reír y dijo: «¡Qué, amigo!, ¿preparando el carnaval?»; luego, se dio cuenta de la mirada que le dirigió Joaquín, borró la sonrisa de su rostro, enrojeció, carraspeó fuertemente, y se fue con prisas. Joaquín tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no detenerlo y partirle los labios de un puñetazo.

Cuando volvió a su casa decidió formalmente no salir a la calle hasta que le pasara aquello, y llamó por teléfono al bar para que le subieran cada día la comida, hasta nueva orden. A la tercera vez que vio la cara que ponía el chico que subía con la bandeja, mezcla de curiosidad, extrañeza y re-

pugnancia, cada vez que se hallaba frente a él, decidió dejar una nota escrita sobre la mesa indicando que dejara la bandeja allí, y colocar el dinero al lado para que cobrara. Así, cuando llamaba, se escondía en el lavabo y gritaba que pasara, que la puerta estaba abierta. Pronto empezaron a correr por el barrio algunos rumores al respecto, propalados indudablemente por el muchacho, y cuando llegaron a sus oídos sintió, sin saber exactamente por qué, deseos de aplastarle violentamente la cabeza contra el suelo.

Se dijo que, al fin y al cabo, todo aquello era algo temporal, que muy pronto pasaría, y que después se reiría de todo lo pasado. Pero casi instantáneamente le asaltó un pensamiento de tipo contrario: ¿Se trataba realmente de algo solamente *temporal*?

Al quinto día desde que aparecieron los primeros síntomas, su rostro se había convertido en algo que podría confundirse con una grotesca máscara china, con ribetes a lo Boris Karloff. Era preciso reconocer que su aspecto no era *nada* agradable: los ojos hinchados, los labios tumefactos, las mejillas amarillentas y flácidas, y la piel estropeada que le colgaba de la cara. Toda la piel de su rostro estaba congestionada y altamente sensible, y cualquier roce o contacto le producía un intenso dolor. Sus orejas despedían un ligero pus amarillento, mezclado con serosidades, que expedía un fuerte y desagradable olor.

Y no era ya sólo su rostro. Su cuerpo entero, en general, había sufrido como una hinchazón que hacía que los trajes, las camisas, los pantalones, le vinieran estrechos. Al mismo tiempo se había desarrollado en todo él una vellosidad gris y estropeada que le daba un aspecto extraño. Sus manos se habían abotagado, sus uñas se habían vuelto quebradizas, y todos sus procesos hormonales parecían haberse alterado profundamente,

acelerándose considerablemente muchos de ellos. El médico estaba perplejo ante aquella profunda transformación. Sus análisis no mostraban nada; sus ensayos, tampoco. No podía hacer nada más que repetir que era un caso insólito para la profesión médica; y rápidamente añadía que lo más sensato sería internar a Joaquín en una clínica adecuada para mantenerlo así bajo constante observación. A Joaquín no le gustaba en absoluto la idea de convertirse en un cobaya, viendo a los médicos inclinándose ansiosamente sobre él, en busca de algo apasionante que desconocían. Además, le repugnaba pensar que allí estaría sometido a la morbosa curiosidad de las enfermeras, de todo el mundo. Sin saber cómo, lentamente, paralelamente a su transformación, había nacido en él un fuerte complejo de misantropía, y sobre todo de misoginia; el solo hecho de pensar en que una mujer pudiera verlo en aquel estado le hacía estremecerse. Al menos en su casa estaba solo y podía ocultarse de los demás.

El médico fue recetándole nuevos medicamentos, en un desesperado afán por hallar algo que fuera efectivo. Joaquín los aceptó al principio como una posibilidad, como quien espera la aparición de un milagro. Ya no iba a buscarlos: telefoneaba a la farmacia, pidiendo que se los subieran. Dejaba la puerta entreabierta y, sobre la mesa, bien visible, una tarjeta junto con el dinero. Escondido en el lavabo, a través de la rendija de la puerta, observaba fijamente. Y sólo se atrevía a salir cuando la habitación había quedado nuevamente vacía.

A la semana de aparecer el primer síntoma acudieron a verle algunos de sus compañeros de oficina. Joaquín hubiera deseado no recibirlos, pero no tenía otro remedio que dejarlos pasar. En todos los rostros vio reflejada la estupefacción ante su aspecto. «Cielos, ¿qué te ha pasado?» Hablaron un poco, pero advirtió, al igual que advirtiera

antes con Marta, que se sentían profundamente incómodos ante su presencia, sin saber dónde dirigir sus ojos ni de qué hablar. Pensó que tal vez era porque no encontraban palabras adecuadas ante su situación, pero había algo más, una cierta sensación de desagrado. Les repugnaba su aspecto.

Repulsión: ésta era la palabra. Estaba seguro de ello. Él mismo la sentía a veces, cuando se veía reflejado en el espejo del lavabo: una inmensa repulsión. Y al ver en los ojos de sus antiguos compañeros una expresión idéntica a su propia expresión, sin saber cómo, se excitó. Empezó a alzar el tono de su voz, y aquello le dio nuevas fuerzas. Cuando se dio cuenta exactamente de lo que estaba pasando sus compañeros estaban todos de pie ante él, mirándole entre sorprendidos y amedrentados, y él gritaba, gritaba muy fuerte, profiriendo los peores insultos que jamás se hubiera atrevido ni siquiera a pensar. Uno de ellos se le acercó, intentando calmarlo, y él, sin saber cómo, le golpeó.

Nunca hubiera creído que su brazo pudiera tener tanta fuerza. El hombre salió violentamente despedido hacia atrás, hasta chocar de espaldas contra la pared. La sangre empezó a manar abundantemente por su boca y nariz. Los demás retrocedieron asustados, sujetando al caído entre varios. Joaquín seguía gritándoles e insultándoles, sin saber por qué lo hacía, sin saber ni siquiera lo que les estaba diciendo, pero con un profundo tono de excitación en la voz. Los demás retrocedieron hasta la puerta. Uno de ellos intentó decirle algo, pero a las dos palabras decidió callar. Abrieron la puerta y salieron.

—Vámonos — dijo otro —. No vale la pena insistir. ¿No veis que se ha convertido en una bestia?

La puerta se cerró tras ellos. Joaquín siguió aún vomitando gritos e insultos durante un buen rato. Luego, poco a poco, su voz fue decreciendo en volumen. Lentamente, las últimas palabras pro-

nunciadas se fueron filtrando en su cabeza. Una bestia, habían dicho. Se había convertido en una bestia. La realidad fue entrando en su cerebro, y sintió un escalofrío. No, musitó. Cielos, no. Se dejó caer en una silla, y hundió la cabeza entre las manos. Hubiera deseado llorar. Pero se dio cuenta de pronto de que no tenía lágrimas.

Hay veces en que uno intenta combatir algo, pero comprende su impotencia, y todos sus esfuerzos resultan vanos ante algo que está por encima de sus fuerzas y de su voluntad.

Joaquín se dio cuenta, horrorizado, de que, paralelamente a su cambio físico, se iba produciendo en él un profundo cambio mental. Se dio cuenta de ello a raíz de la visita de sus antiguos compañeros de oficina. Primero habían sido tan sólo unas frecuentes jaquecas, duras y persistentes. Luego, unos constantes estados de irritabilidad. Se sentía agresivo, casi tanto como apacible y tranquilo había sido antes. Cualquier incidente lo ponía fuera de sí, incluso contra sí mismo. Al principio se decía para tranquilizarse que era una irritabilidad propia de su estado transitorio, pero ni él mismo lograba convencerse de aquello. Se daba cuenta de que había algo más.

Su misantropía iba en aumento, y era algo contra lo que no podía luchar. No era solamente que sintiera vergüenza o temor de salir a la calle y ofrecerse a la vista de otras personas en aquel estado, sino que empezaba a sentirse a gusto estando solo y aislado de los demás. Llegó un momento en que no abrió absolutamente a nadie, sólo al chico que le traía la comida, al mozo de la farmacia y al médico. Y cuando llegaban los dos primeros se escondía en el lavabo para que no le vieran. Los dos conocían ya el sistema, dejaban lo que traían sobre la mesa, cobraban y se iban. Consideraban todo aquello un poco extraño, pero como sabían aproximadamente lo que le pasaba a Joaquín no le daban excesiva importancia: pobre

hombre, se encierra para que no le vea nadie. debe de ser horrible lo que le está sucediendo.

Pronto empezó a darse cuenta de que le hacía daño la luz. Por aquel entonces no sabía ya cuántos días habían pasado desde que empezara todo, había perdido la cuenta del tiempo. Un mes tal vez, o quizá más. Sentía que sus ojos protestaban airadamente ante la claridad, fuera la del sol o la de cualquier lámpara. Se acostumbró a permanecer en su habitación con las cortinas corridas durante todo el día, y con tan sólo una lejana luz indirecta en un rincón durante la noche. Intentó pasar el tiempo leyendo, pero siempre, apenas llevaba leídas cuatro o cinco páginas, se irritaba y rompía el libro en mil pedazos. Así, en una semana, liquidó toda su biblioteca. Los periódicos no le importaban, no sentía ningún interés por lo que pasaba en el mundo. La radio le molestaba con su ruido, no podía soportar la luminosidad de la pantalla de la televisión. Se dio cuenta muy pronto de que cada vez amaba más la soledad, la oscuridad y el silencio. Y aquello, lejos de entristecerlo o alarmarle, le alegró.

Llevaba mucho tiempo sin hablar con nadie. Las dos últimas veces que vino el médico a visitarlo no le abrió, y a la tercera decidió enviarle una carta diciéndole de manera definitiva que no le necesitaba y que prescindía de sus inútiles servicios. Se dio cuenta así, al tomar esa decisión, de que progresivamente había ido aceptando lo que le sucedía como una cosa normal y definitiva, y que pese a todo la idea no le horrorizaba ni le desesperaba, como hubiera sido lógico. Examinó fríamente aquella idea. Bien, si la cosa era así, ¿para qué desesperarse? Tomó papel y pluma, y empezó a escribir: *Muy señor mío*. La pluma trazó un informe garabato sobre el papel, y se detuvo.

Vaciló. Algo estaba ocurriendo. Lo intentó de nuevo, lo volvió a intentar, probó una cuarta y

una quinta vez. Su mano no reaccionaba como era debido. *Ya no sabía escribir*.

La idea no le sorprendió demasiado, y mucho menos le preocupó. Lo aceptó como una cosa natural. Tomó otra hoja de papel y la puso en la máquina de escribir. Le costó hallar las teclas, hilvanar la carta, redactarla; sus manos eran torpes y su cerebro también. Hizo numerosas tachaduras, faltas de sintaxis, incluso de ortografía, pero le tuvo sin cuidado. Firmó con un garabato, metió la hoja dentro de un sobre, lo cerró, y lo depositó sobre la mesa junto con una nota, escrita también a máquina, para el chico que le traía la comida: «Échala al buzón.»

Ya no hacía falta telefonar cada día para que le trajeran la comida, desde tiempo aquello se había convertido ya en un hábito. Por eso ya no hablaba en absoluto, y era mejor así. ¿De qué servía hablar? No tenía ningún objeto. Y para confirmar su idea, cada vez que pensaba en ello emitía un gruñido de satisfacción.

Así, todo fue bien durante un par de meses más. Sin saber exactamente la razón — en realidad, sin preocuparse demasiado en averiguarla — Joaquín se sentía cada vez más a gusto en aquella forma. Se pasaba el día tendido en la cama, al principio pensando en sí mismo y en su situación, luego divagando en cosas abstractas, después sumido en cada vez más oníricos pensamientos, y, finalmente, no pensando en absoluto. De tanto en tanto gruñía de satisfacción, de disgusto, de hastío. Por las noches dormía (¿o era durante el día?), comía regularmente..., ¿qué más podía apetecer?

Sin embargo, hubo una serie de circunstancias que trastocaron aquel equilibrio que se había establecido en su universo particular. En primer lugar, la asistente, a la que había echado del apartamento desde hacía ya mucho tiempo, y que se había quejado al propietario del inmueble, pro-

palando falsedades entre el vecindario. La empresa donde había trabajado hasta que empezara a ocurrir todo aquello, y que ante el certificado del médico que lo había atendido — en el que se especificaba que Joaquín Borrás había prescindido sin ningún motivo fundamentado y de un modo completamente arbitrario de sus servicios médicos, y que no sufría aparentemente ninguna enfermedad que le incapacitara para su trabajo —, exigió que se reintegrara inmediatamente a su puesto o se diera definitivamente por despedido, por incomparecencia en su lugar de trabajo. En tercer lugar, el muchacho que traía la comida, y que empezó a divulgar muy pronto entre sus amigos y clientes que el apartamento de Joaquín Borrás olía *asquerosamente mal*, lo cual era en cierto modo comprensible, teniendo en cuenta que hacía ya tres meses que no se había limpiado ni ventilado.

Así, en torno a todo aquello empezó a tejerse toda una sórdida historia. Alguien avisó a las autoridades que era preciso tomar cartas en el asunto, y una pequeña patrulla de inspección apareció un día en el apartamento, con la pretensión de entrar en él. Joaquín, tendido en la cama, a oscuras, ni se molestó en abrir la puerta. Así, los policías echaron por debajo de ésta un citatorio para el día siguiente a las once de la mañana, hora en la que acudirían de nuevo con una orden de inspección y registro, forzando la puerta si no se les franqueaba la entrada.

Aquello hizo gruñir con enfado a Joaquín. ¿Por qué vendrían a molestarle? ¿Qué les había hecho él para que no le dejaran en paz? Pensó que debía irse de allí, debía irse antes de que volvieran los policías e hicieran algo..., cualquier cosa, no sabía el qué. De día no podía hacerlo, le molestaba la luz. Bien, sería aquella noche.

Así, a las dos de la madrugada, abrió la puerta y salió al exterior, por primera vez en varios meses. Descendió a oscuras las escaleras, sin tropezar ni una sola vez, y llegó a la calle. Estaba de-

sierta. Empezó a andar. No le preocupaba adónde ir, en realidad, aquel pensamiento ni siquiera había pasado por su cabeza, era algo que estaba más allá de su actual capacidad de raciocinio. Las luces de la calle le dolían en los ojos, e instintivamente fue buscando los sitios más oscuros. Los faros de un automóvil, al tomar una curva, le hicieron gemir de dolor. Se ocultó en un portal y esperó a que pasara. Lo maldijo interiormente, con palabras que nunca habían estado en su vocabulario.

Anduvo al azar durante varias horas, hasta que el cielo empezó a clarear. Entonces alzó la vista hacia la naciente luz y gruñó sordamente. No había pensado en aquello. Empezó a buscar rápidamente un lugar donde ocultarse de la luz. Encontró una casa vacía que pronto iba a ser derribada, y pensó que allí estaría bien, pero la luz se filtraba por todos los rincones y en ninguna parte podía hallarse una reconfortante oscuridad. La recorrió toda de arriba abajo, gruñendo palabras inconexas, y volvió a salir a la calle. La luz era más intensa, y empezaban a verse algunas personas. Esto le produjo pánico. No quería que le viesen, no debían verle. Buscó desesperadamente un lugar donde ocultarse mientras durara la claridad.

Entonces vio, en medio de la calle, la redonda tapa de metal. Para él fue una revelación. La alzó y miró hacia abajo. Oscuridad y abrigo. No había escalera, pero no importaba. Saltó. Sus pies chapotearon en un inmundito lodazal. Anduvo unos metros y miró a su alrededor. Oscuridad y silencio, abrigo y protección. Sí, allí estaría bien.

Se sintió a gusto por primera vez desde que abandonara su casa.

La entrada de las autoridades en el apartamento de Joaquín Borrás no armó un escándalo demasiado grande. Sin embargo, hubo un periodista curioso, ávido de sensacionalismos y deseoso de lograr un éxito dentro de su profesión, que supo

de todos los rumores que circulaban en torno al caso. Acompañó a la policía en su recorrido por el piso, y después describió con todo realismo la *inmunda letrina* que se había encontrado allí, en lo que describió como un *horrible cubil*. Interrogó al muchacho que traía cada día la comida, al chico de la farmacia, al médico, a los antiguos compañeros de Joaquín, a Marta. Poco después publicaba un sensacional reportaje sobre lo que bautizó como *el caso del hombre-monstruo*, logrando con ello un éxito multitudinario. Sin embargo, la gente olvida pronto, y cuando las autoridades, después de las investigaciones de rutina, abandonaron el caso, los ecos se apagaron casi inmediatamente.

Joaquín Borrás, por su parte, se iba sintiendo cada vez más feliz dentro de su nuevo imperio, solo y con todo un mundo de su propiedad. Las ratas no le importunaban, y el lejano rumor del mundo superior lo arrullaba en sus onirismos. Durante el día permanecía bajo la superficie, y por las noches salía al exterior a buscar su comida entre la basura. Y se sentía feliz así.

Fue de este modo como empezó a tejerse a través de toda la ciudad la leyenda del extraño monstruo que recorría las calles por la noche. Lo habían visto algunas mujeres públicas, algunos noctámbulos, algunos borrachos, algunos policías. En ocasiones había llegado a atacar a alguien cuando había sido descubierto, y los testigos estaban todos de acuerdo en afirmar que era un ser horrible y monstruoso, sucio y maloliente. La policía realizó algunas redadas, sin obtener ningún resultado.

Hasta que un día, en una de sus rondas, un policía vio una sombra confusa inclinada sobre unos cubos de basura. Le dio el alto. La sombra se volvió, y el policía, se halló frente a una deformada figura de ojos fosforescentes que lo miraba con una fijeza alucinante.

Joaquín apenas tenía ya un vago recuerdo de su lejana vida anterior, pero en este borroso recuer-

do la figura de los policías estaba clasificada como *malo*. En la casi completa oscuridad de la calleja para él inundada de una luz personal, vio al policía llevarse una mano al cinto: *malo*. El policía no tuvo tiempo de sacar su arma: Joaquín se le echó encima con una fuerza incontenible, y ambos rodaron por el suelo.

Así forcejearon confusamente durante un buen rato. El policía, sintiendo que había una fuerza inhumana en aquella horrible y pestilente forma que luchaba sobre sí, quiso gritar. Joaquín sintió turbulentamente aquel grito que hería aguda y dolorosamente sus sensibles tímpanos, y trató frenéticamente de ahogarlo. Los dos rostros estaban muy juntos. El policía sentía el vaho fétido de un horrible aliento sobre él, y gritaba desesperadamente en demanda de ayuda. Joaquín, con las manos ocupadas en mantener inmóvil aquel cuerpo sinuoso que se debatía bajo su presión, sólo vio una posibilidad y un medio de acallar aquel grito. El cuello del policía estaba ante sus ojos. Inclino la cabeza, y mordió furiosamente la garganta que vibraba al producir aquel horrible sonido.

Se oyó un brusco crujido, y el grito se ahogó bruscamente en un gorgoteo. Joaquín siguió apretando, y su boca se llenó de pronto de un líquido caliente, espeso y dulzón, que le inundó de repente con un placentero sabor desconocido.

Y aquello le gustó.



REVISTA
HORIZONTE

15

Crónica de nuestra civilización / La Historia invisible / Las aperturas de la Ciencia / Grandes contemporáneos / Mundo futuro / Civilizaciones desaparecidas

En este número:

**A PROPOSITO DE LOS
PLATILLOS VOLANTES**

por *Aimé Michel*

**LOS GITANOS
EN NUESTRO MUNDO
Y EN SU MUNDO**

por *León Ignacio*

**OVNIS EN LA UNION
SOVIETICA**

por *Màrius Lleget*

EL LASER

por *François Derrey*
y *Jacques Bergier*

**LO QUE BULLE
EN RUSIA**

por *Maurice Lambilliotte*

Portada: Figura basonge
(balubas del Congo),
seguramente un fetiche
sanador

ENCICLOPEDIA HORIZONTE

Dirigida por

Louis Pauwels, Jacques Bergier y François Richaudeau



Otros títulos de esta colección:

GRANDES ENIGMAS DEL UNIVERSO

por *Richard Hennig*

LA ACTUAL GUERRA SECRETA

por *P. Nord y J. Bergier*

EL COSMOS Y LA VIDA

por *Charles-Noël Martin*

LA ASTROLOGIA ANTE LA CIENCIA

por *Michel Gauquelin*

EL ORIGEN DE LA HUMANIDAD

por *N. Albessard*

LOS PODERES DE LA HIPNOSIS

por *Jean Dauven*

LAS GRANDES CUESTIONES JUDIAS

por *Nicolas Baudy*

LA LUNA Y MAÑANA

por *Jean E. Charon y Jean-Marc Brissaud*

NUESTRAS FACULTADES DESCONOCIDAS

por *J. Bergier y Pierre Duval*

EL HOMBRE Y EL ANIMAL

por *Jacques Graven*

LOS GRANDES ENIGMAS DE LA ASTRONOMIA

por *Jean E. Charon*

LA TIERRA, PLANETA DESCONOCIDO

por *François Derrey*

EL HINDUISMO Y LA CRISIS DEL MUNDO MODERNO

por *Raymond de Becker*

LAS CIUDADES DEL FUTURO

por *Michel Ragon*

Adquiéralos en su librería habitual. Si le es difícil obtenerlos, dirijase a "Plaza & Janés", Virgen de Guadalupe, 21 al 33, Esplugas de Llobregat (Barcelona)

REVISTA HORIZONTE

Empresa editora:

"Plaza & Janés, S. A. Editores"

Virgen de Guadalupe, 21-33,

Esplugas de Llobregat

Barcelona

Director:

ANTONIO RIBERA

Comité de dirección de los artículos extranjeros:

LOUIS PAUWELS

JACQUES BERGIER

FRANÇOIS RICHAUDEAU

Directores de las ediciones en otros idiomas:

FRANCIA:

Louis Pauwels

ITALIA:

Giuseppe Selvaggi

ALEMANIA:

F. Langreuter y K. L. Kuss

HOLANDA:

J. P. Klautz

ARGENTINA:

Ricardo Gosseyn

© Plaza & Janés, S. A.
Editores - 1971

Impreso en los talleres de
EMOGRAPH, S. A.
Almirante Oquendo, 19
S. Adrián de Besós
BARCELONA
Depósito Legal: B. 40.588/1968

HORIZONTE

Núm. 15 Marzo-Abril 1971

S U M A R I O

- 6 **Los hechos condenados**, por George Langelaan
EDITORIAL
-
- 14 **Por una dignificación del Teatro**, por Antonio Ribera
EN LAS FRONTERAS DE LA INVESTIGACIÓN
-
- 18 **A propósito de los platillos volantes**, por Aimé Michel
ENCUESTAS HORIZONTE
-
- 30 **Los gitanos en nuestro mundo y en su mundo**, por León Ignacio
EL MOVIMIENTO DE LOS CONOCIMIENTOS
-
- 66 **OVNIS en la Unión Soviética**, por Màrius Lleget
LA LITERATURA DIFERENTE
-
- 77 **El cambio**, por Domingo Santos
EL AMOR EN CUESTIÓN
-
- 86 **Como en el siglo XII, hay crisis del corazón**, por René Nelli
EL INVENTARIO CIENTÍFICO
-
- 100 **El láser**, por François Derrey y Jacques Bergier
CRÓNICA DE NUESTRA CIVILIZACIÓN
-
- 116 **Lo que bulle en Rusia**, por Maurice Lambilliotte
LAS CIVILIZACIONES DESAPARECIDAS
-
- 150 **Los birhor han rechazado nuestra civilización**, por Gianni Roghi
INFORMACIONES Y COMENTARIOS
-
- 161 **La Astronáutica**

REVISTA

HORIZONTE

EN ESTE NUMERO :

Por una dignificación del Teatro, *por Antonio Ribera*
A propósito de los platillos volantes, *por Aimé Michel*
Los gitanos en nuestro mundo y en su mundo, *por León Ignacio OVNIS en la Unión Soviética, por Mârius Lleget*
El cambio, *por Domingo Santos*
Como en el siglo XII, hay crisis del corazón, *por René Nelli*
El láser, *por François Derrey y Jacques Bergier*
Lo que bulle en Rusia, *por Maurice Lambilliotte*
Los birhor han rechazado nuestra civilización, *por Gianni Roghi*
Informaciones y comentarios

EN EL NUMERO ANTERIOR :

Un imaginero de la sombra: Victor Hugo, *por Marc-Pol Fouchet*
Se sabe quién mató a Kennedy, *por George Langelaan*
Los gitanos, en un texto inédito de Miguel de Unamuno, *por Antonio Ribera*
El libro de los condenados, *de Charles Fort*
¿Es racista la juventud?, *por Guy Darbois*
El vudú haitiano, *por Claude Planson y Camille Delio*

EN EL PROXIMO NUMERO :

¿Desciende el chimpancé del hombre?, *por Bernard Heuvelmans*
La idea de una inteligencia extraterrestre, *por Aimé Michel*
Un falso poder negro - Un verdadero problema blanco, *por Jacques Mousseau*
El cerebro: Lo que se sabe y lo que se ignora, *por Camille Delio*
El enigma de los mapas de Piri Reis, *por Paul-Emile Victor y Arlette Peltant.*

El movimiento de los conocimientos / La literatura diferente / El arte fantástico
de todos los tiempos / La vida espiritual / Misterios del mundo animal